

CAPÍTULO VIGÉSIMO PRIMERO

Continuación de la campaña de España. Sitio de Cádiz; ataque y toma del *Trocadero*; rendición del fuerte de *Santi Petri*; negociaciones secretas con los principales individuos del gobierno y de las Cortes; situación difícil del duque de Angulema. Las Cortes restituyen á Fernando su poder absoluto; insurrección de una parte de la guarnición de Cádiz; el rey se embarca; el almirante Valdés y el general Alava. Fernando desembarca en el Puerto de Santa María.—Defensa de Cataluña por Mina. Refugiados franceses en esta región; batalla de Lladó; capitulación de Llers. Rendición de Barcelona.—Proceso y suplicio de Riego. Vuelta de Fernando á Madrid.—Regreso del duque de Angulema á Francia. Caída del duque de Bellune. Fiestas públicas. Resultados políticos y morales de la campaña.—Asuntos del interior. La Congregación y la Universidad; supresión de la Escuela normal; reorganización de la Escuela de medicina; destituciones de profesores de facultades. Royer-Collard y Guizot. La policía y la librería. Santificación de las fiestas. Disolución de la Cámara de los diputados. Convocatoria para nuevas elecciones.

El duque de Angulema había consagrado los primeros días de su llegada delante de Cádiz á hacer practicar un minucioso reconocimiento de las inmediaciones de esta plaza. Una pequeña península, conocida con el nombre del *Trocadero*, y que avanza en la bahía de Puntales, en frente de Cádiz, cuyo puerto interior defendía, pareció la posición que más convenía tomar. Los españoles la habían hecho fuerte por medio de un profundo y ancho foso, especie de canal de unos setenta metros de largo, en el cual entraban las aguas de la bahía; á este trabajo, que transformaba el *Trocadero* en una isla, los españoles habían añadido, detrás del foso, varios atrincheramientos armados de cincuenta piezas de artillería y defendidos por una guarnición de 1.700 hombres escogidos á las órdenes del coronel Garcés. La trinchera fué abierta en la noche del 19 al 20 de agosto, cuatro días después de la llegada del príncipe, y el 24 quedó establecida y armada de cinco baterías la segunda paralela, á cuarenta metros del canal. Todos los preparativos de ataque estaban concluidos el 29. En la mañana del 30 las baterías francesas rompen el fuego y lo sostienen todo el día á fin de no dar descanso á la guarnición, dispuesta siempre á rechazar un asalto que no llega. La artillería española había respondido vigorosamente á la enemiga, que al fin cesó de hacer fuego. Su silencio pareció á la guarnición el resultado de los desórdenes causados por las baterías del fuerte en las trincheras de los sitiadores; pero mientras los españoles descansaban de sus fatigas, los franceses se preparaban á dar el asalto. Según los cálculos de Garcés, esta operación, en caso de emprenderse, no se acometería hasta las tres de la madrugada, momento de la más baja marea y en que el agua conservaba aún más de un metro de altura. El 31, á las dos de la madrugada, catorce compañías de infantería, cien zapadores y una compañía de artilleros, á las órdenes de los generales Obert, Gougeon y D'Escars, desfilan sigilosamente por la trinchera y van á formarse en columna á la altura de la segunda paralela, á menos de cuarenta pasos del canal. Los soldados reciben la orden de pasar el foso y avanzan rápidamente hacia los atrincheramientos, sin dar un solo grito ni disparar un tiro. A las dos y cuarto se ponen en movimiento y pasan el canal con agua hasta el pecho. Los artilleros españoles, despertados por los gritos de algunos centinelas, corren á los cañones; pero una parte de la columna de ataque había puesto pie en el istmo, y, mientras los sitiados

tiran al azar y precipitan sus descargas, los granaderos franceses entran en las baterías, y no pudiendo hacer uso de sus cartuchos, que el agua ha puesto inservibles, se arrojan sobre los artilleros españoles, matándolos á casi todos sobre sus cañones á bayonetazos. El resto de la guarnición acude en desorden; entáblase una lucha cuerpo á cuerpo que dura media hora, al cabo de la cual los sitiadores quedan dueños de los atrincheramientos; los españoles van á ponerse bajo la protección de un fuerte establecido en la parte del istmo que bañan las aguas de la bahía y cuyas inmediaciones se hallan defendidas por varios canales y profundos pantanos. A las siete de la mañana, un puente de tablas, echado sobre el foso, permite al generalísimo llegar á su vez al *Trocadero* con varios batallones. Distribúyense nuevos cartuchos á los soldados; fórmase una segunda columna de ataque; ésta pasa los canales y los pantanos y se apodera del fuerte; á las nueve el coronel Garcés y sus soldados rinden armas. Las pérdidas de los españoles se elevaban á 150 muertos, 300 heridos y 1.000 prisioneros; las de los franceses, á 34 muertos y 110 heridos.

La noticia de la rendición del *Trocadero*, fortaleza tenida por inexpugnable, llenó de estupor al gobierno constitucional. Este encargó al general Alava que fuese á pedir al duque de Angulema un armisticio, que el príncipe se negó á conceder, diciendo que no quería escuchar proposición alguna hasta que Fernando fuese puesto en libertad. Los ministros españoles resolvieron entonces apelar á la mediación de sir William A'Court.

El justo sentimiento de la independencia y de la dignidad nacional no fué el único que dictó al gobierno de las Cortes la resolución de rechazar las modificaciones pedidas por el gobierno de las Tullerías en la Constitución de 1812; también había contado con el doble auxilio de una insurrección entre las tropas invasoras y una intervención del gobierno inglés. La insurrección que le prometían los carbonarios de París y los principales refugiados abortó; la intervención que parecían prometerle los estímulos, las notas y ofrecimientos de mediación del gabinete inglés, había de faltarle también. El embajador de Inglaterra acompañó al gobierno español á Sevilla, pero la suspensión momentánea de los poderes de Fernando le proporcionó el pretexto que esperaba para abandonar la causa constitucional y retirarse á Gibraltar. Estando en esta fortaleza recibió la nota del gobierno de las Cortes pidiéndole su interven-

ción. Se le suplicaba que pasara á Cádiz á bordo de un buque de guerra inglés, aun cuando no fuese más que para ofrecer un refugio á la familia real, en caso de ser asaltada la plaza. Sir William A'Court negóse á salir de Gibraltar, diciendo que entrar en Cádiz en un barco de la marina británica sería violar un bloqueo que su gobierno había resuelto respetar; pero consentía en encargarse á su secretario, M. Elliot, que sometiese al generalísimo la proposición de mediación. M. Elliot cumplió el encargo y no obtuvo más que una segunda negativa.

Este completo abandono de la potencia cuyo apoyo habían esperado siempre las Cortes, fué pronto seguido de un nuevo descalabro. El fuerte de *Santi-Petri*, elevado á la parte opuesta de Cádiz, en tierra firme, sobre una peña situada á la entrada del canal del mismo nombre, servía de apoyo á la extrema derecha de los constitucionales y protegía la entrada de los buques de comercio en la isla de León. Los franceses negociaron la rendición de este fuerte con el comandante de su guarnición, que consintió en entregarlo, pero después de un simulacro de defensa. Además de la fuerza que le daba su situación, el castillo contenía veintisiete piezas de artillería del mayor calibre y 180 hombres con municiones y víveres para dos meses. Cinco barcos franceses, los navios de línea *Centaure* y *Trident*, la fragata *Guerriere*, la corbeta *Isis* y el aviso *Santo-Christo*, atacaron el fuerte al mismo tiempo que dos baterías colocadas en la parte de tierra. Después de tres horas de fuego, la guarnición enarboló la bandera blanca y se le consintió retirarse á la isla de León. «En este osado ataque, dijo el boletín oficial de aquella fácil conquista, nuestra marina no ha perdido un solo hombre; no hemos tenido en nuestras baterías de tierra más que un artillero y un soldado de línea muertos y cinco artilleros heridos.»

Al mismo tiempo que esta inesperada pérdida era anunciada á las tropas y á la población de Cádiz, el gobierno recibía la noticia de la derrota y prisión de Riego, la rendición de Santoña y la capitulación de Pamplona (17 de septiembre). Todo esto aumentó el desaliento entre los habitantes y la guarnición, y dió nueva actividad á las negociaciones entabladas desde hacía unos cuantos días entre el cuartel general francés y los principales individuos del gobierno y de la Asamblea, para quienes la causa de la revolución estaba perdida. Sin duda podía continuarse la resistencia, pero ¿á qué fin? Las masas no sacudirían el yugo de los frailes; los jefes y soldados constitucionales que habían depuesto las armas, no volverían á tomarlas; finalmente se sabía ya lo que podía esperarse de Inglaterra. La caída era segura. Por otra parte, entregar á Cádiz y volver al interior de España después de haber restituido á Fernando todo su poder, era ponerse en manos de adversarios implacables, de aquellos frailes y turbas absolutistas que cometían saqueos, prisiones y matanzas en toda la Península; era ir al encuentro de la persecución ó de la muerte. Quedaba la expatriación: pero esto no evitaba las persecuciones ni la venganza del nuevo gobierno, que alcanzaría á los fugitivos privándoles de todo subsidio y confiscando sus bienes. Eran pocos los personajes reunidos en Cádiz que poseyesen los recursos necesarios para vivir en el extranjero.

Así como los hombres del partido constitucional,

convencidos de la inutilidad de prolongar la resistencia, se encontraban en la singular situación de no poder quedar ni expatriarse, el duque de Angulema se encontraba también en una posición difícil. La toma del *Trocadero* no le hacía dueño de Cádiz, plaza casi inexpugnable, que ni la rendición de la isla de León podía hacer caer en manos de los sitiadores. Además, Cádiz se hallaba abundantemente provista de víveres y municiones; el equinoccio y sus tempestades iban á obligar de seguro á la escuadra francesa á levantar el bloqueo. El sitio, por consiguiente, podía prolongarse todo el invierno y exponer las tropas invasoras á verse diezmadas por las fiebres del otoño y de la primavera. Aquellas fatigas sin combates, aquellos peligros sin gloria, los gastos inmensos de una nueva campaña, todos aquellos sufrimientos y aquellos sacrificios no eran, sin embargo, para el generalísimo, el peligro más serio y más real.

La ordenanza de Andújar, acogida con júbilo por los oficiales franceses y por los constitucionales, había levantado gran polvareda entre las autoridades y las partidas realistas de toda España, que la calificaban de atrevida usurpación de la autoridad del rey, representado por la Regencia, de atentado contra la independencia y los derechos de los súbditos fieles de Su Majestad Católica. Al ser conocida en Madrid, varias turbas armadas de palos, conducidas por oficiales del ejército de la Fe y por agentes de la junta apostólica, recorrieron las calles gritando ¡viva la Santa Inquisición!, ¡viva el rey absoluto!, ¡muera los constitucionales! Reunióse la Regencia y transmitió en el acto al mariscal Oudinot una protesta en regla, en que se quejaba de la ordenanza como de un ultraje hecho á su poder. En la Rioja, donde imperaba el Trapense, este fraile no se limitó á prohibir la publicación de la ordenanza, á destituir y mandar prender á las autoridades que querían someterse á ella; llamado á Vitoria por el príncipe de Hohenlohe, comandante del tercer cuerpo de ejército, para oír algunas observaciones sobre su conducta, declaró que continuaría impidiendo la ejecución de las órdenes del generalísimo. La división española de Navarra, ocupada, bajo las órdenes del conde de España, en el sitio de Pamplona, se sublevó. Los oficiales reunieron á la tropa y la arengaron en términos violentos contra el ejército francés y su jefe.

La audacia de aquellas furiosas protestas y su universalidad inquietaron al generalísimo. El 26 de agosto, una orden general firmada por el conde Guillemot vino á derogar implícitamente la ordenanza de Andújar; y otro tanto hizo el general Bourmont en una contestación al intendente de las cuatro provincias andaluzas, que contenía el pasaje siguiente: «La protección de que habla el decreto no se extiende sino á los individuos cuyas ideas políticas se han limitado á una opinión puramente especulativa, y que no se han dado á conocer por ningún acto ó manifestación encaminados á turbar la tranquilidad pública.»

Fué en medio del trastorno causado en el cuartel general por la cruzada de los absolutistas contra la ordenanza de Andújar, que el generalísimo recibió la reclamación de las autoridades españolas para la entrega de Riego. En la nueva situación que le creaba la actitud de la Regencia y de sus adictos, el duque de Angulema no se consideró bastante fuerte para arrancarles

aquella presa. Aquel deplorable sacrificio y la revocación virtual del decreto de 8 de agosto parecieron apaciguar momentáneamente á los realistas; pero la calma no era más que aparente; al entusiasmo de los primeros días habían seguido en todas partes la desconfianza y la frialdad; el menor incidente podía reanimar todas las cóleras y cambiar en resistencia abierta el descontento de los absolutistas. La necesidad de escapar á los peligros de semejante situación aumentaba la impaciencia del generalísimo y de su Estado mayor por la pronta sumisión de las Cortes, y en el cuartel general se buscaban en vano los medios de conseguirla, cuando el señor Ouvrard ofreció otra vez allanar todos los obstáculos.

El famoso contratista tenía á su lado un coronel español, agente de sus negocios secretos, intrigante audaz, que tenía en Cádiz, su cuna, una parentela numerosa é influyente, y conocía á muchos de los generales y representantes refugiados en dicha plaza. Introducido en ella con el pretexto de visitar á su familia, el agente de Ouvrard empezó á celebrar entrevistas con los hombres del partido constitucional con quienes había estado en relaciones. Les hacía ver que la causa de la revolución estaba perdida; que Cádiz, atacado por mar y por tierra, caería inevitablemente en manos de los franceses; que un asalto no sólo sería la ruina de la populosa y patriótica ciudad en que habían encontrado asilo, sino que ellos no podrían escapar á las consecuencias desastrosas de una toma á viva fuerza. ¿Qué iba á ser de ellos, una vez prisioneros? ¿No valía más adelantarse á una rendición que no podían evitar, aceptando de los franceses la facilidad de retirarse al extranjero y los auxilios necesarios para esperar allí tiempos mejores? Estas indicaciones, acogidas al principio con bastante frialdad, encontraron oídos más atentos á medida que la causa constitucional sufría descalabros más decisivos. Este trabajo de defecación, poco adelantado aún á mediados de septiembre, adquirió mucha actividad cuando se supo en Cádiz el desastre de Riego; ministros, diputados y generales iban presentándose uno tras otro; la mayoría de los jefes militares, miembros del gobierno y de las Cortes, no tardó en consentir en poner término á la lucha, con las condiciones propuestas por el agente del Sr. Ouvrard. Este fué autorizado á hacer los anticipos exigidos para la sumisión. El sacrificio era insignificante comparado con los resultados: el ejército invasor escapaba á las fatigas inútiles de un largo sitio y á las dificultades de una situación que la nueva actitud del partido absolutista podía complicar con inesperados peligros; el tesoro francés, gastando apenas una cantidad equivalente al sueldo del ejército y al importe de su mantenimiento durante algunos días, se encontraba inmediatamente descargado de los gastos de una guerra que podía durar meses. Las indemnizaciones y socorros prometidos fueron, pues, entregados; y el 28 de septiembre, por la mañana, después de una demostración hecha contra la plaza por una división de lanchas cañoneras que avanzaron protegidas por la escuadra, las Cortes resolvieron, por sesenta votos contra treinta, devolver la autoridad absoluta al rey y suplicarle que fuese al cuartel general francés á fin de estipular las condiciones más favorables para su desdichado pueblo.

Fernando prometió á la Asamblea que preservaría de toda venganza y de toda persecución á todas las personas comprometidas, y que, por lo demás, se reservaba el derecho de consultar el interés y el honor de la nación.

Este vago lenguaje no tenía nada de tranquilizador; pero el convenio estaba hecho, y la Asamblea, sin exigir otra garantía, se declaró disuelta el 28 de septiembre. Mientras tanto, Fernando envió un gentilhomme de cámara al duque de Angulema para enterarle del suceso. Las negociaciones que habían conducido á este resultado se remontaban á semanas atrás y no eran ningún misterio para la Regencia ni para el cuerpo diplomático de Madrid. El duque del Infantado, presidente de la Regencia; el fraile Víctor Sáez, primer secretario de Estado; el nuevo embajador de Francia, marqués de Talaru, y el nuevo ministro de Rusia, coronel Boutourlin, se habían trasladado de Madrid al cuartel general, con el objeto de ser los primeros en saludar á Fernando cuando éste saliese de Cádiz. La noche del 28 al 29 se pasó, en el Puerto de Santa María, en preparativos para la recepción del rey; pero se le esperó en vano el día siguiente; en vez del monarca español, presentóse el general Alava, portador de una carta autógrafa de Fernando, en la cual éste declaraba disfrutar de toda su libertad y que se trasladaría al cuartel general francés tan pronto como se hubiesen determinado algunas condiciones para la seguridad de la guarnición sitiada. Estas condiciones consistían en dejar la isla de León, Cádiz y demás plazas aún libres en poder de las tropas de las Cortes hasta la publicación de una amnistía y de una Constitución que sirviesen de garantía á los constitucionales contra la venganza y las persecuciones de sus adversarios. El duque de Angulema se enteró de la carta, pero se negó á recibir al general Alava, á quien hizo contestar que no admitiría otra alternativa que un asalto ó una rendición sin condiciones, y que si se infería el menor ultraje al rey ó á su familia, toda la guarnición y las autoridades serían pasadas por el filo de la espada. Retiróse el general español, y el príncipe mandó reanudar los preparativos de ataque. Los constitucionales que por la mañana habían enarbolado la bandera blanca sobre los muros de Cádiz, la reemplazaron con la española, y sus baterías hicieron retroceder á cañoneros algunos buques de la escuadra que, á la noticia de la sumisión de las Cortes, se habían acercado á la plaza. Este cambio de disposiciones obedecía á un verdadero pronunciamiento de los batallones de milicianos que de todas partes habían seguido á las Cortes á la isla de León.

Estos batallones, fieles á la causa revolucionaria, habían sido alejados del centro de Cádiz con el pretexto de confiárselos los puestos avanzados de la plaza, desde que los jefes del ejército y del gobierno negociaban la rendición. Sabedores de lo que ocurría, se reunieron en la mañana del 29, entraron en la ciudad y declararon que, no queriendo entregarse sin condiciones, se opondrían á la salida del rey, mientras no se les garantizara su seguridad personal, la de sus familias y la conservación de sus bienes. Este paso tumultuoso había motivado la misión del general Alava. Las transacciones que acababan de decidir la rendición no eran tan secretas que la noticia no empezase á circular. A la vuelta

del plenipotenciario, la palabra *traición* se dejó oír entre los milicianos. La contestación que trajo el general Alava llevó al colmo la exasperación. Peligraba una rebelión abierta cuyos excesos podían ser terribles. Se suplicó al rey que diese satisfacción á las justas reclamaciones de la milicia. Fernando no vaciló en hacer nuevas promesas que habían de conducir á un nuevo perjurio. El pabellón blanco reapareció en lo alto de los muros; la noche fué tranquila, y, al día siguiente, r.º de octubre, á las once de la mañana, Fernando, la reina y demás miembros de su familia se embarcaron en una lancha cuyo timón gobernaba el almirante Val-

se apresuraron á besársela. El generalísimo acompañó á Fernando hasta la puerta del alojamiento que le habían preparado, y dejó luego la plaza libre á una infinidad de hombres y mujeres que, desde el muelle, rodeaban ó seguían el cortejo gritando: «¡viva el rey!» «¡viva la religión!» «¡muera la nación!» «¡muera los negros!» Los absolutistas llamaban negros á los constitucionales.

Dos horas después, Fernando recibió la visita del duque de Angulema, que iba á renovar de viva voz las instancias contenidas en todas sus cartas para la publicación de una amnistía y la convocatoria de las antiguas Cortes. Pero en vano invocó la necesidad po-



General Mina

dés. Acompañaba al rey el general Alava, que había servido de intermediario habitual entre Fernando y el cuartel general. Por su parte, Valdés había protegido á la familia real contra la exasperación de una parte de los gaditanos y de las milicias, que querían oponerse al embarco del rey. A medida que la lancha se acercaba al muelle, los franceses y españoles allí reunidos distinguieron los gestos de afabilidad y las muestras de afecto que Fernando prodigaba á Alava y á Valdés; les daba las gracias por los favores que de ellos había recibido y les invitaba á que desembarcasen con él. «Necesito consejeros virtuosos é ilustrados, les decía; ¿dónde los encontraría más seguros que vosotros, y más dignos de mi estimación y confianza? Venid, no me abandonéis.» Mudos saludos eran la única respuesta del general y del almirante. Apenas hubo atracado la lancha, el rey dirigió á Valdés una mirada en que éste leyó su sentencia de muerte; así es que se apresuró á virar en redondo, y, sin saludar á Su Majestad ni despedirse de nadie, se hizo á la mar, con Alava, á todo remo. Al ver que se alejaban, Fernando no pudo contener esta exclamación: «¡Ah, pillos! ¡Qué suerte tenéis! ¡Con qué gusto os hubiera hecho ahorcar!»

El duque de Angulema saludó á su agosto primo hincando una rodilla; Fernando se arrojó en sus brazos y alargó luego la mano á la multitud de personajes que

lítica, el deseo de las potencias y las promesas que el gobierno francés y él mismo habían hecho al principio y durante toda la campaña. El príncipe salió muy disgustado de aquella entrevista.

Aquella misma tarde fijóse en las esquinas del Puerto de Santa María un real decreto contrario al que aún cubría los muros de Cádiz prometiendo «un gobierno que garantizase la seguridad, la propiedad y la libertad civil de todos los españoles; olvido general, completo y absoluto, de todo lo pasado, y mantenimiento de los militares y paisanos que habían servido al gobierno constitucional en sus grados, empleos, sueldos y honores.»

En el decreto del Puerto, después de un preámbulo en que exponía «los escandalosos excesos que precedieron, acompañaron y siguieron el establecimiento de la constitución democrática de Cádiz,» y explicaba que Francia, encargada «de poner fin á un estado de cosas que era un escándalo universal y tendía á la destrucción de todos los tronos y de todas las antiguas instituciones,» «había triunfado en pocos meses de los esfuerzos de todos los rebeldes del mundo,» Fernando declaraba «nulos y de ningún valor todos los actos del gobierno llamado *constitucional*,» y aprobaba todo lo decretado y ordenado por la junta provisional de gobierno y por la Regencia, creadas la una en Oyarzún el

9 de abril, y la otra en Madrid el 26 de mayo del año corriente.

No contento con suprimir de una plumada tres años enteros de la vida política del pueblo español, Fernando ordenaba la ejecución de aquellos decretos de la Regencia que, en cada provincia, en cada población, entregaban á la miseria, al destierro ó á la muerte á una infinidad de familias, á millares de ciudadanos en quienes los *serviles* querían vengar su larga impaciencia y sus derrotas. Restablecimiento de los jesuitas y de todas las órdenes religiosas; anulación de todas las ventas de propiedades nacionales realizadas por el gobierno, de todas las transacciones diplomáticas concluídas durante los últimos tres años, de todos los empréstitos contratados tanto en el extranjero como en España, empréstitos de que Fernando y todos los suyos se habían grandemente aprovechado; destitución de todos los empleados que habían servido desde 1820; persecución ante los consejos de guerra de los comandantes y oficiales de las milicias de Madrid y Sevilla retirados á Cádiz; procesamiento, como criminales de lesa majestad, de todos los individuos del gobierno y de los representantes en Cortes que habían tomado parte en la suspensión de los poderes del rey; vueltas á poner en vigor todas las condenas políticas pronunciadas desde 1814 hasta 1820, tal era el resultado de la sanción dada por Fernando á los decretos de la Regencia. Un nuevo acto de este príncipe pudo caracterizar inmediatamente el régimen en que la intervención francesa sumía á la infeliz España: el Padre Víctor Sáez recibió con el título de *primer ministro* el de *confesor del rey*.

La disolución voluntaria de las Cortes y la rendición de Cádiz determinaron la sumisión de las regiones y plazas en que aún tremolaba la bandera constitucional; la lucha no tenía ya objeto y carecía de base; la Revolución quedaba vencida en la persona de sus representantes. Pamplona había capitulado el 27 de septiembre, tres días antes que Cádiz. Badajoz y Ciudad Rodrigo, al Oeste del reino; Cartagena y Alicante en el Mediodía; Tarragona y Cataluña al Este, eran los únicos puntos de que aún no se habían hecho dueñas las tropas francesas. La defensa de Cataluña fué un episodio aparte en esta guerra; los generales y los soldados del ejército invasor tuvieron que batirse con heroicos adversarios. Confiada al general Mina, á quien secundaban los generales Miláns, Llobera, Rotten, Torrijos y el brigadier Zorraquín, jefe de Estado mayor general, la defensa del Principado fué sostenida con una tenacidad y una energía inesperadas. El mariscal Moncey entró en el Principado el 18 de abril, al frente del 4.º cuerpo de ejército; jefe activo y prudente, cuidadoso de sus tropas y previsor en grado sumo, no llegó hasta el mes de agosto ante Barcelona, que tuvo que limitarse á bloquear. Su marcha no fué señalada por ninguna batalla, pero sí por una infinidad de pequeños combates en que los españoles de uno y otro partido raramente se daban cuartel. Los constitucionales evitaban los encuentros con soldados franceses; las partidas de la Fe, que servían á éstos de auxiliares, eran comúnmente objeto de los ataques de aquéllos. En cuanto á Mina, poco apto para la guerra metódica, pero, en cambio, guerrillero admirable, diseminó sus tropas por toda Cataluña, principalmente en las plazas fuertes, y se en-

contraba en todas partes y en ninguna. Siempre en movimiento con pequeñas columnas de dos, tres ó cuatro mil hombres, al frente de las cuales se le veía marchar á menudo con un fusil en la mano, recorría las provincias catalanas en todos sentidos, procurando hostigar á las divisiones francesas, interceptar sus convoyes y sus comunicaciones, yendo de una á otra plaza, proveyéndolas de víveres y municiones, dejando en ellas á las columnas cansadas, llevándose sus guarniciones, y emprendiendo las correrías más peligrosas y las marchas más atrevidas con aquellas tropas siempre nuevas y siempre descansadas, llegando con su audacia á sembrar repetidas veces la inquietud en los departamentos franceses de la frontera catalana. A sus órdenes servía el coronel D. Evaristo San Miguel, que abandonó la cartera de ministro para tomar parte activa en la lucha; batióse con denuedo, y, en una acción sostenida en Lérida el 8 de octubre contra la brigada de caballería Chastelux, cayó acribillado de lanzadas y fué recogido medio muerto en el campo de batalla por los jinetes franceses, que se lo llevaron prisionero. Semanas antes habían sucumbido en Llers, en la provincia de Gerona, los restos de uno de los batallones de refugiados extranjeros organizados bajo la administración de este ex ministro.

La prolongada resistencia de Cataluña, el arrojo de las tropas, el patriotismo y la energía de los generales que la defendían, salvaron la reputación de las armas españolas en tan triste guerra. Ninguna transacción vergonzosa manchó el honor de los jefes; soldados y oficiales cumplieron con su deber lo mismo en las guarniciones que en los campos de batalla; la toma de cada fortaleza costó esfuerzos y sacrificios que honraban tanto á los sitiados como á los sitiadores. Lérida no se rindió sino tres semanas después de Cádiz, el 18 de octubre, y la Seo de Urgel, el 21, cuando ya no quedaban en la plaza más que ruinas y cadáveres. El 1.º de noviembre, y cuando hacía ya un mes que Fernando había salido de Cádiz, una capitulación puso al fin en manos de los franceses las ciudades de Barcelona, Tarragona y Hostalrich; el día 5, las tropas invasoras tomaron posesión de Cartagena, y, el 12, entraron en Alicante, que fué la última en rendirse.

Mientras los generales y gran parte de los oficiales pertenecientes á las guarniciones de estas diferentes plazas, por escapar á la venganza de Fernando y de las nuevas autoridades, se refugiaban en Francia, donde les habían precedido Labisbal, Ballesteros y Morillo; mientras solicitaban en vano del gobierno francés el cumplimiento de las promesas con las cuales se había obtenido su sumisión, quejándose de una miseria que contrastaba con la vida opulenta de los tres generales citados, el intrépido Riego, cuyo nombre se identificaba con los acontecimientos de los tres últimos años, expiaba en Madrid su adhesión á los principios políticos que acababan de sucumbir.

El 13 de noviembre, Fernando entró en la coronada villa montado en un carro triunfal de veinticinco pies de altura, del cual tiraban cien hombres que vestían chaquetas y pantalones verdes y color de rosa. Numerosas parejas bailaban delante del gigantesco carro, llovían flores de balcones y ventanas y el pueblo se entregaba á frenéticas manifestaciones de entusiasmo al paso del monarca.

